

El efecto esperanza: «Mira, todo lo hago nuevo» (Ap 21,5).

Dos catequesis bíblicas y un preludio sobre la experiencia de la esperanza

*CARMELO BUENO HERAS**

1. El «quitameriendas» de la esperanza

La cercanía del redondo año dos mil despertó hace tiempo todo tipo de expectativas, es decir, un inmenso abanico de intensas (*ex*) esperas (*spectatum*). Y en el dos mil estamos. Muy probablemente, seguimos con todo aquello que traíamos entre manos. Además, el sol no olvidó su despertador cotidiano, nuestra luna de siempre mengua y se crece siguiendo sus más viejos cánones, el agua corriente todavía no sabe lo que es escalar una montaña... y el otoño, esperamos aún, seguirá en el dos mil ofreciendo insólitos trajes de luz y color en la inigualable pasarela de moda que es nuestra casa del mundo con su cielo, su tierra y su mar.

Entonces, ¿las intensas esperas humanas sólo han sido enormes globitos inflados de nada? ¿Tendrá razón, una vez más, la vieja canción que

* Profesor de Biblia en el Instituto "San Pío X", Madrid.

advertía: la vida sigue igual? Ni tan siquiera el temido efecto 2000 alteró gran cosa el diario discurrir de los acontecimientos. En el secreto de nuestros corazones intuíamos, y día a día en este dos mil lo constatamos, que nada espectacularmente nuevo iba a suceder de inmediato. La vida de nuestro mundo, y su manifestación constante en el tejido de la naturaleza, nos enseña que todo entre nosotros es proceso pacientemente constante. Muy acertadamente lo dejó escrito Unamuno, entre otros vivientes pensantes, en los albores del siglo XX. Traigo, ahora y aquí, sus palabras como pórtico que, deslumbrante por su sencillez, nos introduce en el hogar de estas páginas de SINITE que quieren ser un acercamiento a la experiencia de la esperanza. Esperanza contemplada, desde tiempos bien remotos, por los ojos y el corazón de la humana Palabra de Dios. Esperanza escrita en la historia de pueblos y gentes y, en fin, esperanza entregada gratuitamente a la humanidad como valioso tesoro, garantía de un futuro seguro y mejor. Pero, antes de entrar en esta casa de la esperanza, dejémonos sorprender por la luminosa naturalidad del mensaje de Unamuno:

*«¿Remedios?, me diréis; hay gentes que hablan de revolución; yo no creo en la revolución; ni en la revolución desde arriba, ni en la revolución desde abajo, ni en la revolución desde el medio; no creo más que en una revolución interior, en la personal, en el culto a la verdad; no creo en las cosas que se hacen a golpes, y eso sólo puede sucederle a un pueblo epiléptico, que procede por ataques, o a un pueblo en que todo se hace intermitentemente como por tercianas. Muchos de vosotros sabéis lo que en los campos de Castilla se llama el «quita-meriendas», es una flor deleznable; crece la planta bajo tierra, va subiendo su corola poco a poco, rompiendo los terrenos más apelmazados, y se abre a flor de tierra. ¿Cómo terrenos tan duros puede romperlos tan delicado tejido? Empujando siempre, no setenta veces a la hora, ni setenta veces al minuto, ni al segundo; siempre, es el efecto de la acción continua» (Miguel de Unamuno, publicado en **El Imparcial**, 26 de febrero de 1906, Madrid).*

Ajeno a estos pensamientos de Unamuno, recuerdo que, siendo niño en uno de esos pueblos castellanos y animado por mi padre, más de una tarde de

septiembre escarbé con paciencia y curiosidad en la era endurecida por las continuas trillas de agosto hasta conseguir un ejemplar completo de 'merendera bulbocodium', vulgarmente, quitameriendas, de la familia de las liliáceas. A los expertos en Botánica dejo la explicación del posible origen de la fuerza vital escondida en el diminuto corazón del bulbo del quitameriendas. Guardo para mí el mensaje existencial de la contemplación de este, en apariencia intrascendente, misterio de la naturaleza que el pensador vasco define como 'acción continua' y que me atrevería a bautizar como 'símbolo de la experiencia humana de la esperanza'.

Ahora, como niño adulto miro fascinado la trillada era que es la Biblia y observo aquí y allí multitud de diminutos y sonrosados quitameriendas de esperanza que son acontecimientos y personas que emergen a la superficie del texto bíblico desde lo profundo de la historia y de sus pueblos para gritar con su presencia, ya silenciosa, que hay caminos nuevos y con futuro. Y siguiendo aquella pedagogía paterna del escarbar paciente, que es la lectura crítica, intentaré desenterrar sólo dos bíblicos «merendera bulbocodium», que den valor a las razones que mantienen viva nuestra esperanza en estos días. Procuraré que este par de comentarios mantengan el tono catequético de SINITE sin descuidar algunas sugestivas pinceladas exegeticas.

2. «Se agosta la hierba, la flor se marchita, pero la palabra del Señor se cumple siempre» (Is 40,8)

Ante la abundancia de los bíblicos quitameriendas de la esperanza y para esta primera catequesis, propongo concentrar nuestra atención en un significativo texto profético del AT. Tan significativo llegó a ser, que los ecos de su mensaje quedaron recogidos por los cuatro evangelistas en sus obras respectivas. Releemos juntos Is 40. Comenzamos leyendo el verso 27, porque quizá tengamos en él una clave para introducirnos en el mensaje de este capítulo y en la obra completa de su autor:

«¿Por qué andas hablando, Jacob, y diciendo, Israel: mi suerte está oculta al Señor; mi Dios ignora mi causa?»

Esta pregunta que formula el profeta es un espejo que pone ante el pueblo, entonces, y ahora ante nosotros, para que se reconozca quién es, qué vive, qué siente, de quién se fía, qué espera. Probablemente, la realidad existencial que vive Israel es dramática. Probablemente, gran parte del pueblo está perdiendo la confianza, la fe, en su Dios y en las mediaciones de su presencia, porque todos se callan impotentes ante la tragedia.

La voz de otro profeta anterior describe los orígenes de esta situación del pueblo con imágenes inolvidables para quienes las oyeron aunque sólo fuera una vez:

«Nabucodonosor, rey de Babilonia, me ha comido, me ha devorado, ha rebañado el plato, me ha engullido como un dragón, se ha llenado la panza con mis manjares y me ha vomitado» (Jeremías 51,34).

Sin lugar a dudas, Is 40 anuncia su mensaje en los días del destierro de Israel en Babilonia. Y destierro significa haber perdido casi todo lo que se tenía y andar viviendo como prisionero en tierra extranjera. Para Israel son los años que van, más o menos, desde el 587 al 540 a.C. En los últimos años de esta larguísima cuarentena, surge el gran emperador persa Ciro, que acabará con la grandeza del anterior imperio babilonio. Este Ciro es conocido por el autor de Is 40 (cfr. Is 45). Y, tal vez, este segundo Isaías conoce en carne propia los sufrimientos del exilio y tiene experiencia directa de los múltiples sentimientos que se airean dentro del pueblo destarrado: odio y venganza, nostalgia de la tierra abandonada, desánimo ante la lucha por sobrevivir, olvido de la fe en un Dios que se cruza de brazos o guarda silencio, ansias de liberación... ¿Acaso a estos desterrados no les sonarán a palabra vacía las historias de la solemne grandeza de Salomón y su templo, las narraciones de las gestas nacionalistas de David y su reinado, las promesas realizadas a Moisés sobre una rica tierra, las bendiciones para Abraham y la abundantísima descendencia de un pueblo numeroso...?

Otro autor de aquellos años, bíblico también, un poco profeta, creyente y buen poeta, que es el padre de Génesis 1, aludía a esta situación con otras palabras:

«La tierra es un caos informe, sobre la faz del abismo, la tiniebla. Y el aliento de Dios aleteaba por encima de las aguas» (Gn 1,1).

Ahora que la propia Palabra nos ha situado en el contexto histórico-existencial que vive Israel, retomamos la lectura de Is 40, texto-prólogo de la obra del llamado segundo Isafas a quien se le podría calificar como «evangelista» (portador de una buena noticia).

*** Las palabras iniciales de su obra (vv 1-2)** son ya una buena noticia. Son el evangelio de la liberación. El origen de ésta se halla en las entrañas misericordiosas de su Dios que sigue siendo fiel a la palabra dada:

«A pesar de todo, cuando estén ellos en tierra extranjera, no los desecharé ni los aborreceré... anulando mi alianza con ellos, porque yo soy Yahvé, su Dios. Recordaré en favor de ellos la alianza hecha con sus antepasados, a quienes saqué de la tierra de Egipto, ante los ojos de las naciones... Yo soy Yahvé» (Lv 26,44-45).

Sólo después de este anuncio consolador es cuando se interpreta esta amarga experiencia del destierro en Babilonia como castigo por el pecado. Este Dios en quien pone toda su confianza el profeta es el mismo y, sobre todo, sorprendente Dios en quien creará después Jonás:

«Bien sabía yo que tú eres un Dios clemente y compasivo, paciente y rico en amor, que te arrepientes de las amenazas» (Jonás 4,2).

La imagen que de Dios nos ofrecerá Jesús en el NT encontró en estos mensajes del AT un terreno abonado y propicio.

*** Los versos 3-5** describen la confianza esperanzada del profeta. Las imágenes literarias con las que se anuncia el mensaje están tomadas del ámbito de la naturaleza y de la tierra de Israel. Esperar una liberación en medio del destierro de la esclavitud es una osadía. Proclamar esta osadía (*una voz clama*) es una utopía porque, tal vez, muy pocos se atrevan a iniciar

proyectos y procesos que la hagan realidad. Esto es lo que se encierra en la imagen de «*abrir un camino en el desierto*». La comprensión literal de esta expresión permite entender la grandiosidad de la utopía que se propone. En aquellos días, nos imaginamos, ¿serviría de algo hacer un camino en el desierto?, ¿cuántos brazos, cuántos años, serían necesarios?, ¿con qué tecnologías?... ¡Bien sabía la experiencia de los nómadas que los senderos del desierto quien los conoce y sigue con tino es el camello!

Entonces, el desierto no es desierto, sino una imagen del destierro, un espacio donde la muerte acecha constantemente. Un camino en el desierto es la salida hacia la liberación, un éxodo (salida) hacia la tierra, propiedad de Dios entregada en herencia gratuita al pueblo. Ahí está la vida. Y, seguramete también, esta imagen del desierto se despertará en la memoria del pueblo al regresar, efectivamente, a la tierra de la que fueron arrancados. Después de tantos años de ocupación extranjera, la tierra de Israel, Jerusalén su capital y el templo mostrarían los signos evidentes del saqueo, la explotación, la ruina, el abandono... Y, ¿cómo no ver en estas experiencias de Israel las actuales realidades de destrucción del ocupado Kuwait en la guerra del petróleo, la aniquilación vivida en el conflicto de los Grandes Lagos africanos, la tragedia del recientemente invadido pueblo de Kosovo y las presentes operaciones de usurpación de la tierra de Chechenia...?

Por eso sigue diciendo el profeta en poético lenguaje narrativo, el camino de esta utopía encontrará valles y montes, escabrosidades y pedregales... Pero la esperanza de llegar de nuevo a la tierra actúa como vigorosa potencia en el salir (liberarse de Babilonia), en el caminar (cruzar el desierto)... A quien lee y medita estas imágenes del profeta de la buena noticia se le actualizan en el corazón los acontecimientos de aquel primer éxodo, experiencia fundante del pueblo y paradigma de referencia iluminadora en el devenir de la historia y de la fe de Israel. ¿No es la actual Babilonia y su emperador el viejo Egipto y su faraón esclavizadores? ¿Cómo no ver en estos poderes establecidos los empinados montes y profundos valles que hacen temblar al peregrino que se pone en camino? ¿Cómo no recordar

ahora el recorrido de Moisés y los suyos por el hostil desierto? ¿Acaso no consiguió el viejo Israel, después de incontables fatigas, asentarse en la tierra de Canaán?... Este segundo Isaías, como buen profeta, lee la historia con sentido y saca de ella orientación para el futuro. A esto le podemos definir como «encontrarle razones a la esperanza» o «fundamentar en la memoria la utopía». Esta es la pedagogía y práctica que realiza, como señala Mateo (13,52), el sabio dueño de su casa que saca, de las arcas de la historia, lo antiguo como radiante novedad en el momento oportuno.

Los acontecimientos y los protagonistas de aquel primer éxodo de Israel son quienes garantizan la esperanza que ahora proclama abiertamente el profeta en la nueva coyuntura histórica y que expresa por medio de otras iluminadoras imágenes en los versos 9-11. Si este mensaje se lee en paralelo con Deuteronomio 26,5-10 todo queda aclarado. Cuando el segundo Isaías expresa su confiada esperanza en el actuar de Dios (*«ahí está vuestro Dios... ved que su salario lo acompaña... como pastor que apacienta a su pueblo...»*) no hace otra cosa que actualizar la fe que durante siglos ha expresado este pueblo de manera reiterada y que se recoge en el antes citado capítulo del Dt (*«los egipcios nos maltrataron... y Yahvé nos sacó de Egipto... y nos dio esta tierra... y ahora yo traigo las primicias...»*). Para este profeta, la propia historia del pueblo es testigo de que estas palabras de su fe han sido verdad, vida y camino de sentido. ¡Y también lo van a seguir siendo ahora, aunque la cruda experiencia del destierro parezca indicar todo lo contrario!

*** Un paso más.** Los vv 6-8 son como el corazón de este mensaje de esperanza y consolación. La voz del mensajero es un grito, porque a todos debe llegar el buen anuncio de esta esperanza liberadora. Y lo que grita este evangelista lo ha escuchado de la boca de Yahvé y en su nombre lo proclama (vv 5-6): Miremos a nuestro alrededor, hagamos memoria de lo acontecido en el pasado entre nosotros y entre las naciones, quiénes éramos y qué somos como pueblo, quiénes eran y qué son los que nos rodean, qué queda y permanece, qué se acaba y ya no vuelve, dónde está la gran Babilonia y

por qué surge la potente Persia... ¡Confiad esperanzados: la palabra de nuestro Dios permanece y se cumple siempre! La fe en la fidelidad de Dios, enterrada como aquel bulbo de quitameriendas en lo hondo del corazón del pueblo, sostiene la esperanza de la liberación:

«Toda carne es hierba y su belleza como flor del campo... se agosta... se marchita, pero la palabra de nuestro Dios permanece siempre» (v 8).

Todo lector de este prólogo de la obra del Isaías Junior (como le denomina Carlos Mesters) intuye que se está realizando una crítica manifiesta contra todo poder establecido que tiende a absolutizarse y divinizarse exigiendo servicio, adoración y culto, porque todo le pertenece a él, tierra y personas. Esta crítica a los poderes deshumanizadores que surgen dentro y fuera de Israel se agudiza y radicaliza a lo largo de este capítulo 40 (vv 12-28) y en toda la obra del segundo Isaías (40-55). Frente a estos poderes autodivinizados, dice el profeta, ¡cómo contrasta la entrañable y maternal autoridad del Dios en quien cree! Leemos, por esto, el final tanto del prólogo como del capítulo 40, que son expresión acabada de los contenidos y fundamentos inamovibles de la esperanza atesorada en las entrañas de este pueblo, ahora, abandonado y desterrado:

«Como un pastor que apacienta el rebaño, su brazo lo reúne, toma en brazos los corderos y hace recostar a las madres» (v 11); «Él da fuerza al cansado, acrecienta el vigor del inválido; los muchachos se cansan y se fatigan, los jóvenes tropiezan y vacilan; pero los que esperan en Yahvé renuevan sus fuerzas, echan alas como las águilas, corren sin cansarse, marchan sin fatigarse» (vv 29-31).

*** Un par, nada más, de anotaciones finales de este apartado.** La identidad de este segundo Isaías se esconde o manifiesta en la «voz que grita» (40,3.6). Los cuatro evangelistas del NT identifican a Juan Bautista con este profeta y con el mensaje que nos ha ofrecido en el comienzo de su obra. Por eso, Juan Bautista será también esta misma voz esperanzada que grita y proclama (Mc 1,3-4) que:

- el esperado ya ha llegado (Mt 3,14; Jn 1,26),
- el Mesías prometido está entre nosotros (Lc 3,4-6.15-16),

- la palabra de Dios está encarnada en Jesús (Jn 1,14) y
- la mujer-esposa-Israel tiene en Jesús a su esposo (Jn 3,28-29).

Por fin, retenemos, como en una primera síntesis, estas afirmaciones. El segundo Isaías constata la triste realidad de su propio pueblo exiliado, esclavizado, sin tierra, sin dirigentes, sin instituciones, sin templo, sin identidad, sin futuro... El profeta, fundado en la memoria de la historia y apoyado en la confianza de su fe en Yahvé, anuncia la esperanza de la liberación, el final del exilio, la nueva vuelta a su tierra (que por ser sólo propiedad de Dios pertenece a todos y jamás en exclusiva a ninguno de los poderes de este mundo) y la posterior e inminente restauración de Israel.

3. «¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis!» (Lc 6,24)

El profeta de la anterior catequesis dejó en las alforjas de los futuros evangelizadores el encargo esperanzado de la restauración de Israel. A esta complicada tarea se dedicaron las gentes de aquel pueblo en los años que siguieron a la vuelta del destierro en Babilonia. En el desierto que es la tierra de Israel, ¿lograrían alguna vez contemplar un paraíso semejante al que dicen que existió en tiempos de los reyes David y Salomón? Por lo que la historia lleva escrita en sus tejidos documentales podemos decir que no. Pero ningún acontecimiento posterior, por negativo y esclavizador que fuera, logró arrancar del corazón de este pueblo la esperanza de llegar a ser «*la luz de las naciones*» (Is 60,3).

Los hechos y palabras de Jesús -por los caminos, aldeas y sinagogas de Galilea y su presencia activa en Jerusalén- despertaron de nuevo esta esperanza, al menos, en el pequeño y cercano grupo de sus seguidores. Tan avivados quedaron en ellos estos sentimientos religioso-nacionalistas, que la pasión y muerte de Jesús («su» Mesías) sólo la pudieron comprender como el mayor de los fracasos:

«Todos los discípulos le abandonaron y huyeron» (Mt 26,56).

El evangelista Lucas, en el comienzo de la segunda parte de su obra que es el Libro de los Hechos de los Apóstoles, expresa en todas sus dimensiones esta vieja esperanza de la fe judía que Jesús vino a transformar y convertir, es decir, a vaciarla del exclusivista judaísmo nacionalista para llenarla de compartida universalidad humanizadora:

«Después de su pasión... se les presentó Jesús... y les hablaba acerca del Reino de Dios... los que estaban reunidos le preguntaron: ¿es ahora cuando vas a restaurar la soberanía (reino) de Israel? Él les contestó: ...recibiréis la fuerza del Espíritu y seréis mis testigos en Jerusalén, Judea, Samaría y hasta los confines del mundo».

Su buen trabajo le costó, por ejemplo, a Pedro abandonar la firme convicción de ver restaurada la soberanía de Israel y aceptar la utopía sembrada por Jesús de anunciar la Buena Noticia de Dios a todos, sobre todo a los gentiles (Hch 10,34-35).

Sorprende, en una primera lectura, que la palabra «esperanza» no aparezca ni una sola vez en los cuatro evangelios. El verbo «esperar» sólo se encuentra en tres ocasiones en el texto de Lucas, una en el de Mateo y en el de Juan y nunca en el de Marcos. Entonces, ¿el mensaje sobre la esperanza no tuvo espacio ni tiempo en las palabras y gestos de Jesús? Desde esta primera lectura habría que decir que no.

Sin embargo, el testimonio de las primeras comunidades y seguidores cristianos señala que este Jesús, toda su persona y su obra, *es la esperanza de la gloria para/entre nosotros* (Col 1,27). Esta esperanza, que es Jesús, se ha hecho carne y hueso de nuestra humanidad, la hemos visto y oído, vivió y vive entre nosotros. Por eso, como señala Romanos, *la esperanza que se ve no es esperanza* (8,24). Entendemos ahora que los evangelistas no pusieran en labios de Jesús ningún mensaje sobre la esperanza. Para ellos y sus comunidades, toda palabra de sentido que pueda y quiera decirse en cristiano sobre la experiencia de la esperanza tendrá que estar referida y guardar relación íntima con la persona y obra de Jesús, con su identidad y su misión. Esto mismo es lo que afirman las últimas páginas de la escrita Palabra

de Dios en Ap 21, que nos sirven de título y síntesis de las reflexiones de este artículo. Este Jesús es la «tienda del encuentro» donde Dios y todos los pueblos pueden sentarse a dialogar en libertad. Este Jesús es la tierra sin males, es el efecto esperanza, es lo sorprendente y definitivamente nuevo: «*Mira, todo lo hago nuevo*» (Ap 21,5).

Acercarse a, comprender y encarnar hoy esta total novedad de la esperanza cristiana, que es Jesús, bien podría constituir el objetivo y la jubilosa tarea de este año 2000. Y como muy humanos y limitados que somos llegaremos a integrar esta radical novedad de Jesús y su esperanza cumplida, si procedemos paso a paso, que es como ir de gesto en gesto, de compromiso en compromiso, hasta encontrarnos en el corazón de su oferta y propuesta que es el Reino (Mc 1,14-15), la humanidad nueva (Ga 6,15). Y en ese momento podremos contemplar, radiantes de gozo, lo que el buen Dios creador realizó jubiloso desde los orígenes: «*vio cuanto había creado y todo estaba muy bien*» (Gn 1,31).

Y como hablamos de «ver», que es como afirmar que lo esperado ya llegó, propongo que nos dejemos sorprender por un gesto y una palabra de Jesús que nos invita a experimentar la felicidad que se esconde en su «efecto esperanza», efecto renovador del estado de cosas en que vivían los suyos.

*** La experiencia comienza con la lectura de Lc 10,21-42.** El texto es un poco largo, pero tiene la ventaja de ser una unidad narrativa completa. La acción tiene lugar cuando los setenta y dos discípulos regresan de su tarea evangelizadora. La primera parte (vv 21-24) recoge unas breves palabras de Jesús. Éstas encuentran acogida en un entendido de la Ley judía, el cual inicia un sabroso diálogo con Jesús. Es la segunda parte (vv 25-37). La tercera parte (vv 38-42) resume el mensaje de toda la unidad. Guiados por el texto, nos adentamos en su misterio.

*** En los vv 21-24, Jesús habla.** Este hablar es una oración. Es la expresión de su espiritualidad. Proclama aquello en lo que cree y aquello que

él realiza como misión que aceptó. Esta oración de Jesús es una jubilosa plegaria de alabanza porque, desde el inicio, el evangelista indica que la alegría del Espíritu Santo invade a Jesús. Para este Jesús, Dios es Padre y creador de todo (cielo y tierra) y le ha parecido bien enseñar (comunicar, regalar, compartir, dar a conocer) todo lo que él es a la gente más sencilla; a los pequeños, a quienes menos cuentan según las miras de los humanos.

Esta confesión de Jesús que hoy nos parece natural e, incluso, elemental, en su época era para muchos una revolución. Los sabios y entendidos, es decir, los maestros de la Ley, el alto y bajo sacerdocio judío, los fieles practicantes y demás gentes religiosas de este pueblo, pensaban que Dios era sólo «su Dios». Y eran ellos, los que lo conocían en exclusiva, quienes hacían y deshacían en su nombre, quienes salvaban y condenaban. Los niños, las mujeres, los enfermos y pecadores, todos juntos, que eran la inmensa mayoría, ni pintaban ni contaban para ese Dios, que creían poseer como propiedad privada quienes sabían y entendían de la Ley de Moisés y que aguardaban el cumplimiento de las viejas promesas hechas a David y reiteradamente repetidas por los profetas.

Jesús declara dichosos (nueva bienaventuranza pocas veces subrayada) a sus discípulos, si olvidan la enseñanza sobre Dios que mantiene la tradicional espiritualidad judía y acogen el mensaje sobre la gratuita misericordia de Dios, con los empedernidos, que Jesús les presenta. A nadie que piense con detenimiento se le escapa que una determinada creencia en Dios implica también una determinada concepción de la persona y de lo humano. Con Jesús y desde él, si alguien desea encontrar a Dios o dejarse encontrar por él sabe que su lugar privilegiado está en los abandonados y arrinconados por aquella religiosidad.

*** Entramos en la segunda parte de la narración (vv 25-37).** El primer sorprendido ante la novedosa enseñanza de Jesús es un «entendido en las cosas oficiales de la Ley», un profesional de la religión, diríamos hoy. La sencilla proclamación de la fe y la alabanza de Jesús le despierta al letrado

de Moisés la pregunta por la vida eterna: «¿qué tengo que hacer para *heredarla?*». ¿No es ésta la pregunta radical por la esperanza, aunque la palabra no aparezca explícitamente en el texto?

Una sugerencia antes de continuar. Las gentes religiosas del judaísmo están siempre muy pendientes del verbo «hacer». Hacer esto o no hacer lo otro, está prohibido hacer así o se mandó hacer aquello de tal manera. Según este criterio, toda la práctica religiosa judía, y su casuística, se organizaba en torno a las 248 obligaciones y las 365 (como los días del año) prohibiciones. Aprobar el examen de estos 613 preceptos legales es como obtener la garantía de la salvación. Estos 613 preceptos (Jesús los llamará humanos, Mc 7,6-13) son la voluntad de su Dios.

A la pregunta del letrado, apliquemos bien el oído, responde Jesús con otra pregunta: «¿qué está escrito en la Ley?» o lo que es igual, ¿qué proclamas en tu oración cotidiana? Lo que oras es lo que crees. El letrado entendido supera el examen, sabe y cita Deuteronomio 6,4-9 más Levítico 19,17-18, que se recogen en el «Shemá Israel». Este hombre relaciona la oración, la fe y la vida religiosa de todo piadoso judío. Hacer así es tener vida. Tanto Jesús como el jurista entienden bien las cosas de su religión. Ambos comparten el contenido de la esperanza: tener vida para siempre junto a Dios. Lo que tal vez no queda claro aún es el camino de esta esperanza, es decir, la experiencia diaria de este esperar existencial.

El camino de esta esperanza es el prójimo, el otro yo, el otro como persona. El otro que es siempre «los otros». Definir, por tanto, quién es el prójimo es poner la llave de la claridad en el camino esperanzado que da vida o muerte a cuanto, según la ley, se hace o se omite. Así, hemos llegado al corazón de la exclusividad o de la universalidad que indicaba más arriba. La pregunta del jurista por el prójimo pone en movimiento una de las mejores capacidades de Jesús: el arte de contar historias que es como poner espejos para que los oyentes de la palabra contemplen la interioridad de su pensar y sentir. Aquí y ahora, el evangelista sitúa la parábola del buen samaritano en labios

de Jesús. Rescatamos para nuestra reflexión algunos de sus elementos narrativos.

Tanto el sacerdote como el levita judíos pasan por el camino de la vida y ven lo que sucede, pero nada se dice de sus sentimientos. Tal vez piensan, en el santuario de su conciencia, en lo que ordena para casos como éste, la ley, su código religioso y los cánones preceptivos:

«Habló Yahvé a Moisés y dijo: di a Aarón y a sus hijos... cualquier descendiente vuestro en todas las generaciones, que, estando impuro, se acerque a las cosas sagradas... será exterminado de mi presencia... El que toque lo que es impuro por un cadáver... o el que toque a un hombre con cualquier clase de impureza... quedará impuro hasta la tarde y no comerá de las cosas sagradas, sino que lavará su cuerpo con agua...» (Lv 22,1-9).

El profeta Ezequiel, significativo teólogo de la espiritualidad sacerdotal del templo, retomará esta misma legislación del Levítico para corregirla y aumentarla (cfr. Ez 44). Por esto, el sacerdote y el levita del texto lucano deciden, con la ley en el corazón, dar un rodeo y pasar de largo ante el caído y desangrado de la vida.

Sin embargo, el samaritano, un extranjero descendiente de los viejos asirios conquistadores de la tierra de Israel (2Re 17), pasa también por el camino y también ve al abandonado. Pero, sólo de éste, indica el narrador, se dice que siente lástima por el desconocido desangrado. Y sentir lástima (tener compasión, poseer entrañas de misericordia, y para esto, nadie como el Dios de Jesús) significa también hacer, pero de otra manera muy distinta: acercarse, tocar, echar aceite y vino (desinfectar y proteger las heridas), vendar, montar, llevar, cuidar, pagar... Y el lector que lee bien se pregunta: ¿qué ley lleva escrita el samaritano en su corazón o en el santuario de su conciencia?

El jurista que preguntó queda, al final, interrogado: *«¿quién se hizo prójimo?»*. Sólo el que tuvo compasión. Por tanto, el verdadero criterio de la proximidad está en la interioridad del corazón que se abre y «padece-con» y

jamás se encontrará en un corazón que se acompasa al ritmo de una ley externa y exclusivista.

¿Quién pudo ser aquel jurista, entendido y maestro en las cosas de lo religioso? Tal vez, la pregunta no merezca demasiado la pena, pero me llama la atención que Jesús está sólo acompañado de sus discípulos (cfr. Lc 10,17 y ss.) y se recalca que sólo para ellos y como a escondidas (10,23) les expresa la oración y la bienaventuranza que inmediatamente provoca la pregunta del jurista. Tengo para mí que este entendido en las cosas de la Ley de Moisés no es otro que alguno de los discípulos que acompañan a Jesús y que no acaba de creerse la novedad del Dios que anuncia Jesús y está preocupado por su esperanza particular de ganar su vida eterna que le está asegurando la práctica de la Ley de Moisés.

*** Abordamos la tercera parte del relato (vv 38-42).** Continuamos con Jesús en el camino de la vida en el que nos ha situado el texto. Entra Jesús en la casa de las hermanas Marta y María, la señora y la amargada, según la identidad hebrea de sus nombres. Y la casa, conviene recordarlo, es el lugar de la familia y símbolo de Israel, del reino de David, del templo del Dios Yahvé en Jerusalén, del judaísmo y de su espiritualidad). Ante la presencia de Jesús en la casa, a Marta (la señora) sólo le preocupa el hacer y el trajinar, como a todo el Israel religioso y pendiente de la Ley. En cambio, María (la amargada) encuentra acomodo y acogida junto a Jesús y con su enseñanza. ¿Cómo no ver en esta María la afortunada y dichosa que está viendo y oyendo, tocando también, lo que los viejos profetas y reyes de la casa desearon ver y escuchar y no pudieron?

Marta y María, hermanas que comparten la misma casa, ¿no están aquí situadas por el evangelista como personificación del rechazo y la acogida del pueblo al mensaje nuevo de Jesús sobre Dios, la persona, lo religioso, el prójimo y todo lo que es e implica la vida? Si ahora se lee en su conjunto este texto de Lucas, sorprenden las semejanzas y paralelismos que se encuentran entre los sabios y entendidos, profetas y reyes, el sacerdote, el

levita y Marta, por un lado. Y por el otro, las semejanzas entre la gente sencilla, el samaritano y María. Jesús, sorprendentemente provocativo, se sitúa al lado de éstos e invita a sus discípulos, y a nosotros que ahora lo leemos, a hacer lo mismo. En este hacer lo mismo que él, en esta decisión de ubicarse al lado de los pequeños, estamos optando por Jesús y proclamando que en él tenemos nuestra esperanza. Así, en semejantes expresiones de proximidad estamos realizando la experiencia cotidiana de la esperanza.

Al final ya de esta segunda catequesis, constatamos que Jesús, nuestra esperanza, situó el camino de su vida en el espacio habitado por los orillados de la Ley de Moisés que enseñaban las autoridades político-religiosas de su pueblo. Por ello, Jesús acabó los días de su andadura histórica entre nosotros como un marginado, abandonado, excluido, crucificado y enterrado por la estructura religiosa oficial de la Ley y sus representantes legítimamente establecidos. Él, lleno de esperanza y confiado en el Dios que es Padre y creador de todo y de todos, pretendió consolidar, no la esperada soberanía exclusivista de Israel, sino más bien una nueva humanidad (Ga 6,15): el paraíso de la gozosa convivencia de los humanos como hermanos, como prójimos todos de todos, que es el reinado de Dios.

Ni este soñador ni su sueño quedaron para siempre prisioneros de la muerte. Por eso, todos aquellos vivientes que proclaman con el testimonio de su vida (en sus gestos y palabras de proximidad) la Buena Noticia en el universo mundo (Mt 24,14) son otros tantos «efecto esperanza», como Jesús. Son los signos vivos de su presencia y las razones históricas de la esperanza. Quienes se atreven a dejarse invadir por el espíritu de esta inmensa mayoría de testigos de la esperanza escuchan en su corazón la jubilosa Palabra de Dios que anuncia la esperanza ¡bien cumplida!: *Mira, todo lo hago nuevo.*

Nota final: Para quienes deseen un estudio completo del tema de la esperanza en la Biblia, que en las páginas precedentes tan sólo se ha esbozado, les conveniente consultar algunas de las siguientes publicaciones:

- A. GRABNER-HAIDER, **La Biblia y nuestro lenguaje**, Herder, 1975, 224-237.
- E. JENNI-C. WESTERMANN, **Diccionario teológico manual del AT**, Cristiandad, 1978, 781-793.
- L. COENEN, **Diccionario teológico del NT**, Sígueme, 1985, 129-136.
- P. EICHER, **Diccionario de conceptos teológicos**, Herder, 1990, 327-335.
- X. LEON-DUFOUR, **Vocabulario de Teología bíblica**, Herder, 1967, 251-255.
- L. PACOMIO, **Diccionario teológico interdisciplinar**, Sígueme, 1982, 327-381.
- P. ROSSANO, **Nuevo Diccionario de teología bíblica**, Paulinas, 1990, 137-142.
- Abd. de MAREDSOUS, **Diccionario enciclopédico de la Biblia**, Herder, 1993, 545-546.
- H. BALZ-G. SCHNEIDER, **Diccionario exegético del NT. Vol. I**, Sígueme, 1996, 1336-1347.